TRIGUEROS, APOLOGISTA DE ESPAÑA

Sabido es cómo el tomo I de la *Encyclopédie méthodique*, publicada en París en 1782, tuvo libre acceso en España —como antes la gran Enciclopedia— en los años inmediatos a su publicación (1) y suscitó —atizando viejos rescoldos— la más encendida polémica en torno al tema, siempre candente, de la decadencia española. Todo el mundo conoce la célebre frase del escritor francés Mr. Masson de Morvilliers, en la que se condensa su desprecio por España: «Mais, que doit-on à l'Espagne?» (2). Huelga decir que esta arrogante pregunta, lo mismo que el resto de las afirmaciones injuriosas para nuestro país, representaban con bastante fidelidad la opinión más generalizada en Europa.

El tono de menosprecio que respira todo el artículo puede apreciarse con la misma evidencia en el publicado 27 años antes por Mr. De Jaucourt, en el tomo quinto de la primera Enciclopedia. Aunque más breve, habla asimismo de la *decadencia* de España, señalando como causa principal el que cree vicio máximo de los españoles: la pereza. «Les autres peuples font sous leurs yeux le commerce de leur monarchie; et c'est vraisemblablement un bonheur pour l'Europe que le Mexique, le Pérou et le Chili soient possedés par une nation paresseuse» (3). Este artículo sirve de base —literal en varios casos— al bastante más extenso de 1782. Masson de Morvilliers da a su escrito un carácter insolente que estaba pidiendo a voces una respuesta adecuada

(1) M. Defourneaux, *L'Inquisition espagnole et les livres français au XVIIIe. siècle*. París, Presses Universitaires de France. 1963, págs. 152-3.

(2) Art. *Espagne*, de la *Encyclopédie méthodique (Geographie moderne)*, tom. I, París, 1782, pág. 554-568.

(3) *Encyclopédie ou Dictionaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers*, tom. V, París. 1755. Art. *Espagne*, pág. 953.

en defensa del buen nombre de la patria. La humillación que sus palabras pretenden no podía pasar desapercibida al orgullo español. Piénsese, por ejemplo, en la reacción que suscitaría la lectura de esta frase: «ce peuple si heureusement né, cette nation si estimable à tant d'égards, on n'ose porter les yeux sur elle sans une espèce de compassion». La técnica es maliciosa y agresiva: ensalzar para hacer más daño en la caída. Así, continúa: «le fier, le noble Espagnol rougit de s'instruire, de voyager, de rien tenir des autres peuples».

España, en conclusión, era para Masson de Morvilliers la nación más ignorante de Europa. Lo afirma taxativamente, añadiendo: «Elle manque de mathématiciens, de physiciens, d'astronomes, de naturalistes».

Sin embargo, puede fácilmente adivinarse bajo todo este despliegue de acusaciones de atraso cultural, un objetivo bien concreto: hacer ver que tal estado de cosas no tiene más causa que la maligna influencia eclesiástica sobre las leyes, las costumbres y aun el ser de la vida española. El poder abusivo del clero, el lujo superfluo de las iglesias, la inhumanidad del odiado Tribunal de la Inquisición, se suceden en la consideración del autor, que espera encontrar en ello un conjunto de motivos suficientes para explicar tan lastimoso estado. «Que peut-on penser d'un peuple qui attend d'un moine la liberté de lire et de penser?», se pregunta.

La indignación del articulista llega a su culmen al tratar de la Inquisición: «Ma plume s'arrête. Elle alloit en imposer aux nations, je ne me mentirai point à moi-même! L'Europe est encore indignée de cet odieux jugement qui vient de frapper un ministre sage et citoyen! La France a accueilli cet illustre malheureux; les honnêtes gens de toutes les classes se sont empressés de le consoler, et chez toutes les nations cet homme bienfaisant trouvera des amis, des admirateurs et une patrie».

He aquí un punto fundamental que ha pasado desapercibido para casi todos los comentaristas. Masson de Morvilliers escribe bajo la impresión de la reciente condena de Olavide por el Santo Oficio. Su indignación, reflejo —como él mismo señala— de la de toda la Europa de las «luces», le hace bucear en nuestras deficiencias con un celo digno de mejor causa y, sobre todo, le obliga a adoptar una postura antieclesiástica, que no resulta, en el fondo, completamente antiespañola.

El pueblo es, a lo más, acusado de *perezoso,* sin ánimo suficiente para enfrentarse con la situación («Les savants sont obligés de s'instruire en cachette avec nos livres!»). El clero, en cambio —más el regular que el secular—, es presentado como el verdadero responsable de tal estado de cosas.

Dos palabras encierran la clave de la acusación. Para la Europa de las «luces», la organización eclesiástica española estaba cimentada sobre ancestrales *abusos* y su influencia sobre el pueblo, ignorante y fiel, era una siembra constante de *prejuicios.*

Al final del artículo, Masson de Morvilliers proclama con entusiasmo que ha llegado la hora de los eficaces remedios para poner a España a nivel europeo. Un buen gobernante —Carlos III— desterrará para siempre los abusos; la filosofía del siglo destruirá los prejuicios. Oigamos sus palabras: «La même impartialité qui a conduit notre critique dans les reproches que nous venons de faire aux Espagnoles, nos force à rendre justice aux moyens qui vient d'employer le gouvernement pour rémédier à tant d'abus. Les beaux jours de ce royaume ne sont peut être pas bien loin d'éclore; la philosophie, sans cesse repoussé, a pénétré enfin dans ce royaume et a déjà detruit une foule de préjugés».

La respuesta de Cavanilles, que pasa por ser la primera (4), vio la luz dos años más tarde, escrita en francés (5). Pero la traducción española no se hizo esperar, ya que apareció ese mismo año en Madrid (6), merced a la diligencia de D. Mariano Rivera, traductor, y al interés del rey, en cuya imprenta se imprimió. Esta «apología de España», con razón calificada de superficial, no llega a tocar la verdadera medula de la cuestión. Se limita a multiplicar los nombres de españoles que pudiesen reducir al silencio al osado articulista francés. Pero, desgraciadamente, no puede presentar ningún argumento decisivo. Su relación se concreta en nombres contemporáneos, con criterio

(4) P. Sainz Rodríguez, *Evolución de las ideas sobre la decadencia española.* Madrid, 1962, pág. 106.

(5) *Observations de M. l'abbé Antonio Cavanilles sur l'article Espagne de la Nouvelle Encyclopédie.* A Paris. Chez Alex. Jombert jeune, rue Dauphine. 1784. Avec approbation et privilege du Roi.

(6) *Observaciones sobre el artículo España de la nueva Enciclopedia. Escritas en francés por el Dr. D. Antonio Cavanilles, Presbítero. Y traducidas al castellano por D. Mariano Rivera.* Con licencia. Madrid, Imprenta Real. 1784.

amplísimo, cuya eficacia distaba mucho de ser demoledora. Una de las curiosas manifestaciones de la Ilustración española es, precisamente, el elogio desmesurado —pero sincero— a personalidades de las letras y de las ciencias que la crítica posterior no ha podido confirmar.

No obstante, leyendo con atención las *Observaciones* de Cavanilles, se aprecia con sorpresa que lo que pretendía ser refutación de erradas afirmaciones, se convierte en testimonio similar. Estas son sus palabras: «No estamos ya en aquellos tiempos infelices en que las guerras continuas habían agotado todas nuestras fuerzas; cuando un gobierno sin vigor había abandonado las ciencias, las artes y el comercio; cuando todo era ignorancia, pobreza y desorden... No obstante, no era obra de un día el vivificar un imperio muerto: se necesitan muchos años para reanimar una grande administración, cuya decadencia ha sido tan larga y tan absoluta en todas partes». En resumidas cuentas, presente de copiosos frutos y pasado estéril del que no se puede hablar sin rubor. ¿Qué otra cosa había intentado decir Masson de Morvilliers? El contraataque resultó apasionado pero deficiente. Cavanilles no llegó a comprender hacia dónde se dirigía realmente la ofensiva (o no quiso hacerle frente) y así ambos escritos coinciden en lo sustancial. Quizá la única diferencia estuviera en que para el autor francés eran solamente motivos de esperanza lo que para el español eran espléndidas realidades: Iriarte, Ayala, Valdés, Forner, Moratín, Trigueros, etc.

De este último, Cavanilles conservaba reciente la favorable impresión que le había producido su poema *La Riada* —satirizado con dureza por Forner más tarde— y no duda en ponerlo a la altura de Virgilio y de Milton. Estas alusiones —suprimidas en la traducción— se completan con otras que sirven para colocar al clérigo toledano entre las máximas figuras de la nación. Como poeta, pocos le igualan: «Don Cándido María Trigueros publicó sus obras con el título del Poeta Filósofo: ha imitado el estilo de Pope y Addison, y su semejanza a estos dos grandes hombres es su mayor elogio». Pero no es menor su importancia en el campo de las ciencias: «Ha descubierto un género de tierra para fecundar los campos, superior a la natural y a las artificiales».

Y ciertamente Trigueros debió gozar de excelente reputación entre los «ilustrados» españoles por cuanto, a petición de Cavanilles, se dirige a él Juan Bautista Muñoz, cosmógrafo e historiador de Indias, ami-

go de ambos, en solicitud de algunos datos que sirvieran al primero en la redacción de su famosa apología. Trigueros, residente a la sazón en Sevilla, se apresura a complacer los deseos de Cavanilles y le remite por medio de Muñoz unas notas redactadas con premura, sin aparato erudito por carecer de sus libros, pero llenas de santo celo por la causa de la patria. Estos *Apuntamientos* se conservan en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, entre los papeles de Trigueros (7) y nadie los cita, excepto Cotarelo, en nota, muy de pasada (8).

Al remitirlos, Trigueros escribe unas líneas al intermediario: «Amigo y señor Don Juan Bautista Muñoz. Amigo y señor mío: Por la suma prisa que Vm. muestra en responder al Sr. Cavanilles y porque aquí estoy, como Vm., sin mis libros y mis apuntamientos, ni he podido llenar el asunto con todos los que pudieran hacer al caso, ni extender ni individualizar estos pocos, pero a bien que quien ha de usar de ellos es un hombre de provecho, y Vm. le pondrá otros, y otros, otros. Yo, a lo menos, quisiera haber podido poner éstos más legibles, pero no hay tiempo: habrále para aclarar lo que dude en adelante. Y yo estaré siempre muy pronto a trabajar por el justo honor de mis compatriotas. Encargue Vm. mucho al Sr. Cavanilles que, procurando escribir con moderación, procure también tener alguna gracia y sobre todo que no sea muy largo, para que se dexe leer de los franceses, que temen *l'ennui*. Basta con esto. De Vm. siempre, Cándido M. Trigueros (rubricado)».

Dos rasgos principales de la personalidad de Trigueros, como español «ilustrado», destacan en la carta: su ferviente amor a la patria y su gran conocimiento del espíritu francés. Después volveremos sobre ello.

Aunque sin fecha, tanto la carta como las notas adjuntas debieron ser escritas a fines de 1783 o principios del 84 (9). Es una fecha tope para todas las respuestas apologéticas a la nueva Enciclopedia y, por consiguiente, ha de ser considerada la primera, mientras no se halle

---

(7) Véase mi trabajo: *Manuscritos de Trigueros conservados en la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, en BBMP, Santander. Año XXXIX, núm. 4. 1963.

(8) Cotarelo, *Iriarte y su época*, pág. 312.

(9) La aprobación de las *Observaciones* de Cavanilles está fechada el 5 de junio de 1784.

otra anterior. Con toda probabilidad fue aprovechada en parte por Cavanilles, y después relegada al olvido. Su publicación, en nuestros días, tiene como objeto, además de dar a conocer el hecho histórico, llamar la atención sobre la personalidad, menospreciada en tantas ocasiones, del erudito Académico sevillano y Bibliotecario de los Reales Estudios de Madrid.

El texto de las notas enviadas a Muñoz —y que transcribo a continuación— está encabezado con este título: *Apuntamientos para el Sr. Cavanilles.* Ocupa una extensión de ocho hojas, manuscritas por ambas caras, con la letra pequeña y cuidada de Trigueros. Visto en su conjunto, presenta idénticos defectos que las *Observaciones* de Cavanilles. Elogia, casi exclusivamente, el panorama «ilustrado» español, aunque demuestra un profundo conocimiento y aprecio de nuestros grandes hombres renacentistas. Presenta la ventaja de haber sabido captar el punto delicado y esencial de la acusación y de hacerle frente con firmeza, defendiendo la inquisición y la postura tradicional sobre la sumisión de la sociedad civil a las normas morales de la iglesia católica. Por lo demás, coincide con Cavanilles en su incomprensión del mundo barroco y su lamento de la decadencia nacional, ya pasada pero siempre viva con dolorosa punzada en el recuerdo de los españoles de la Ilustración. Examinemos el texto con algún detalle.

El manuscrito que comento pertenece a esa numerosa familia de apologías nacionales que han florecido en España, casi siempre como réplica a duros ataques procedentes del extranjero. Está escrito con pasión por la verdad, con ánimo excitado por la injuria y por la malevolencia de unas frases tendenciosas. La ignorancia es el principal argumento que esgrime Trigueros contra Masson de Morvilliers, al que califica de «detractor ignorantísimo», y a su artículo, de «insolente agregado de disparates». Profundizando un poco más, podemos ver la rivalidad nacional que anima toda la apología: en las ciencias, en las letras, en las artes, en el progreso, siempre que trata de examinar algún punto concreto de la cultura española, Trigueros se deja vencer por la tentación de compararla con la francesa. Este es el verdadero «afrancesamiento» de los hombres de Carlos III. Para ellos, Francia es la cabeza de Europa, y siempre que se quiera pensar en el progreso de España, se ha de referir a ella como punto de comparación, y como ejemplo a imitar cuya meta sirva de estímulo para el avance de la

cultura. El «afrancesamiento» de la generación siguiente conllevará, además, la adhesión a unos principios políticos de que carecía la anterior.

Por otra parte, la apología de Trigueros no se ciñe sólo a la acumulación de nombres. Pretende demostrar que España no es inferior a Francia en muchos aspectos, aunque aceptando que lo es en otros. Reconoce los defectos españoles, pero afirma, con sano juicio, que el tenerlos es común a todas las naciones. En cada párrafo se respira el orgullo de pertenecer a una generación «ilustrada» y la satisfacción por disfrutar de un Gobierno que labora sin cesar por el bienestar de la nación. La agricultura española, lejos de estar anticuada, está al corriente de los adelantos modernos; «para esto se han traducido y se traducen las mejores obras que salen en todas las Naciones». También los españoles investigan y consiguen notables descubrimientos, aunque quedan ignorados porque «los españoles no tenemos el flujo de escribir que otras Naciones y nuestra lengua no se ha hecho tan de moda como la francesa». No se puede juzgar de la pobreza del país por unos cuantos miserables braceros; también se encuentran ejemplos que pueden avergonzar al país vecino. ¿Que tenemos pocos sabios? «Los sabios en todas partes son muy pocos; en España no son menos que en otras...» «Y si entre nosotros hay estudios frívolos, también los hay entre los demás. ¿Que España aborrece el saber? ¿Cómo se explica entonces la solicitud del Gobierno en fomentar Academias, Colegios, Sociedades Económicas? La Sociedad Médica de Sevilla, el Gabinete de Historia Natural, el Seminario de Vergara, y tantas otras instituciones en proyecto, «son evidentísimas demostraciones que convencen cuánto se aprecia entre nosotros este estudio (de las matemáticas)». Tampoco faltan ejemplos de magníficas realizaciones en Botánica, en Medicina, en Jurisprudencia. Ahí van, para confirmarlo, nombres y más nombres de españoles célebres en alguna rama del saber; y no sólo de antaño, sino de nuestros días, de la España «ilustrada» que empieza a resurgir por doquier. Y detrás de los ilustres apellidos, las cumbres de nuestra moderna bibliografía: las obras de Gómez Ortega, de Palau, de Mayans, de Campomanes, de Pérez Bayer, de Finestres, de Iriarte... ¡Cómo se excita el orgullo del buen Trigueros al sentirse en tan buena compañía que le redime de las vergüenzas del pasado!

En un punto concreto admite la decadencia actual. Influído por el *Fray Gerundio* y en un tema que le tocaba bien de cerca, no duda en afirmar que, aun existiendo buenas Retóricas, el difícil arte de la Oratoria dejaba en España mucho que desear. Sin embargo, la causa era disculpable: «En Francia ora cualquier autor célebre dos o tres docenas de veces en su vida; en España, uno de mediano crédito predica otras tantas en un mes. Yo no apruebo esto, pero digo que es imposible orar muy a menudo y ser verdaderamente elocuente».

Esgrimiendo el *Quijote* y el *Guzmán de Alfarache* como máximas novelas españolas, defiende, como propio de España, el arte de novelar, al que enjuicia como «un medio entre la Historia y la Poesía». Pero es en este último terreno donde Trigueros se encuentra cómodo para hablar con conocimiento de causa. Como buen neoclásico, tiene en poca estima la «degeneración» barroca y encomia la poesía de Garcilaso, Fray Luis, Herrera, Argensola, Villegas y Arias Montano. De los poetas vivos cita a los salmantinos, y entre ellos a Meléndez Valdés, elogiando su égloga premiada por la Academia. Precisamente a los pocos meses vería Trigueros colmadas sus ambiciones de gloria literaria al ver su nombre unido al del «dulce Batilo» en famoso concurso teatral. Como era de esperar, afirma que «nuestro teatro no tiene tantas buenas piezas como el francés», y propone la *Raquel* y *El delincuente honrado* como los mayores aciertos de la escena española.

A continuación, en un párrafo cortado y vibrante, sale en defensa de nuestros navegantes, de nuestros impresores, grabadores, arquitectos, escultores y pintores. Elogia nuestra industria textil, el esfuerzo nacional por desterrar la pobreza y afianzar el progreso. La España de Carlos III en nada se parece a la lóbrega pintura de Masson de Morvilliers: «por todas partes se trabaja en hacer caminos, acequias, canales de riego y navegación, diques y semejantes obras». De todo lo cual concluye que «el autor del artículo *Espagne* de la nueva Enciclopedia ha hecho un gravísimo ultraje e injusticia a toda la Nación Española».

He querido dejar para el final, intencionadamente, el comentario a los párrafos en que Trigueros toma postura frente a las acusaciones anticlericales del articulista francés. Sabe —a diferencia de Cavanilles— adivinar la verdadera intención del artículo y no duda en responder con franqueza. Apuntando al blanco de la cuestión, se pregunta claramente: «¿Somos los más ignorantes acaso porque apartamos más

los errores religiosos? ¿O porque no osamos llenar nuestros escritos de proposiciones insolentes, calumniosas y falsas, caracterizándolas con el especioso nombre de filosofía?». Resultan sorprendentes —por no esperadas— en un «ilustrado» como Trigueros, que se da a sí mismo el calificativo de *poeta filósofo* en el siglo de la filosofía, estas repetidas y desdeñosas alusiones a la filosofía moderna. Pero su posición en estas *Apuntaciones* no deja lugar a dudas. Trigueros —como los «ilustrados» españoles en general— no acepta en bloque cuanto nos llega del extranjero cubierto por el noble epígrafe de filosofía. Sabe deslindar todo lo aceptable para su criterio moral católico y rechazar cuanto a él se opone. Ni adhesión global ni vituperio absoluto. Tiene un criterio selectivo propio del hombre maduro, por desgracia no siempre actuante en las mentes de los españoles cultos de todas las épocas. Se pronuncia a favor de nuestros teólogos, aunque condena «el escolasticismo y las vanas disputas que han hecho los daños que no se ignoran». La Teología moderna en España ocupa un lugar aventajado, como se puede comprobar por los nuevos Planes de Estudios (10). Pero donde se responde al punto neurálgico del artículo de Masson de Morvilliers es en el último párrafo. La referencia a la condena de Olavide no fue recogida por ningún otro contradictor de Mr. Masson. Trigueros la comenta en tonos mesurados, pero firmes. Nadie como él podía juzgar la conducta del antiguo Asistente de Sevilla. Había pertenecido al círculo de sus amistades y había colaborado con él en varios de los proyectos de reforma en la capital andaluza. Esto no le impide mostrar su conformidad con la sentencia pronunciada. Al Asistente le perdió su imprudencia y la excesiva confianza en sí mismo. Olavide, infractor de la ley, fue «justamente castigado»; pero, a creer a Trigueros, lo habría sido con harto dolor de los propios jueces y con lástima de cuantos eran sus amigos y conocían sus «buenas prendas». El Tribunal de la Inquisición no hizo más que someter la libertad individual al bien común: «la libertad del particular que puede dañar al común debe ser coercida por la legislación».

No sin cierta extrañeza transcribo estas últimas frases. Bien claro se ve que la simpatía y el aprecio de Trigueros hacia Olavide, demos-

(10) El mismo Trigueros fue autor de un detallado Plan de estudios, todavía inédito, para la Universidad de Sevilla, que leyó en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

trados en varias ocasiones, quedan limitados por las convicciones religioso-morales del primero. Nada nos permitiría dudar de la sinceridad de sus palabras si no supiéramos que él también sufrió las consecuencias inquisitoriales años atrás, al ser prohibidas y requisadas su tragedia *Viting*, en 1777, y su comedia *La hipocresía castigada*, «feroz sátira contra la falsa devoción», en 1779. Esta contradicción sólo es explicable a la luz de la compleja sicología del ambicioso clérigo toledano.

Ateniéndose a este escrito, la personalidad de Trigueros queda dibujada a grandes rasgos, pero con certeras pinceladas. Se muestra fiel hijo de la iglesia católica, rechazando las desvergüenzas, la herejía, la irreligión... «y otras porquerías cenagosas que se bautizan con el nombre supuesto de gracia y filosofía». Pero al mismo tiempo es un espíritu abierto y libre que vive alerta a las corrientes modernas del pensamiento y que sabe apreciar cuanto de bueno se puede extraer de los «delicados» autores extranjeros. El Trigueros de estos párrafos no es fanático, pero sí respetuoso de las leyes y las costumbres de su patria, aun ante el temido Tribunal de la Inquisición. Es patriota al mismo tiempo que buen conocedor de todo cuanto ocurre en Europa, política o culturalmente. Es hombre de su tiempo, pero a la vez profundo erudito, admirador de cuanto lleve el sello renacentista. Es no sólo poeta, novelista, dramaturgo, humanista en fin, sino también hombre de ciencia, aficionado a la botánica y a la agricultura, a la que enriquece con algunos descubrimientos.

Lo que quizás llame más la atención en este apretado cuadro de personaje «ilustrado» es su no disimulada vanagloria (no tanto vanidad) que le hace ponderar sus trabajos científicos o literarios más allá de toda mesura. No es elogio desenfrenado ni propaganda pomposa de su propia obra; es, simplemente, una firme creencia en el valor de sus escritos y de sus dotes intelectuales. Desdeña los experimentos agrícolas franceses «hechos sin sujeción a los principios de Física y de Chimia», mientras enaltece las experiencias realizadas por él mismo, «guiadas a fabricar margas útiles a la labor y a las artes», las cuales «no ha publicado ni publicará hasta estar más seguro de haber hecho una cosa infaliblemente cierta y provechosa». Pero, sobre todo, es en el terreno poético donde cree haber llegado a la cumbre de la creación literaria. ¡Con qué inocente satisfacción celebra las palabras de elogio de un

oscuro escritor francés —Mr. Raulin d'Essars— para sus poemas «filosóficos»! Califica de excesivo el elogio y aun lo publica con cierto «rubor», pero excusa su inmodestia porque «por lo menos parece cierto que no somos unos bárbaros». Pone de manifiesto, más adelante, otro elogio hecho a sus poemas —esta vez desde Londres y Dublín— en los que algún erudito anglosajón parece haber descubierto el espíritu de Pope y de Addison. No lo diría, «a no forzarme la justicia de mi Patria desvergonzadamente ofendida con embustes e ignorancias».

Estos *Apuntamientos*, breves, a vuela pluma, son, por consiguiente, la primera «apología ilustrada» de España (11). Aunque hijos de la improvisación, se mantienen en un tono digno, que no degenera en panegírico incontrolado. Trigueros conoce las glorias de España, pero también sus deficiencias. Y la defiende con el primer argumento que salta a la vista al leer el artículo de Masson de Morvilliers: la ignorancia del autor en el detalle de la vida española (12).

En suma, un escrito más rescatado del olvido. Quizá no añada gran cosa al conocimiento de la época, pero sí a la fisonomía polifacética de Cándido María Trigueros, uno de los «ilustrados» españoles que aún quedan por estudiar.

FRANCISCO AGUILAR PIÑAL

Instituto de España. Londres.

«*Apuntamientos para el Señor Cavanilles.*

Que los Españoles aborrecen la Agricultura no puede decirlo sino un detractor ignorantísimo, que ni aun esté iniciado en los primeros principios necesarios para hablar de una Nación sin riesgo de publicar meros disparates.

Comparando lo que resulta de las averiguaciones hechas para Unica Contribución bajo el reinado actual y el anterior con cuanto dicen los mejores escritores económicos franceses, tales como Mr. Mirabeau,

(11) Queda fuera de esta afirmación el ejemplar "manuscrito de 1773", escrito también en la Sevilla "ilustrada" de Olavide y publicado recientemente por Julián Marías en *La España posible en tiempo de Carlos III*. Madrid, 1963.

(12) Morel-Fatio califica al artículo de "muy indigesta compilación". (*Etudes sur l'Espagne*, 1.ª serie. Paris, 1888, pág. 70). Por otra parte, Masson de Morvilliers fue encargado de la redacción del artículo precisamente por su conocimiento del tema, ya que era autor de un *Abrégé élémentaire de géographie de l'Espagne et du Portugal*. París, 1776.

el autor del artículo *Trigo* en la antigua Enciclopedia y otros: se halla que no obstante ser menor España que Francia en toda su actual extensión, se cultiva en España más de un tercio de tierras que en Francia. Luego la extensión del cultivo está a favor nuestro.

Francia no basta para sí ni aun en años regulares: la introducción de granos de Inglaterra, Alemania, Levante y costas de Africa es tan excesiva que compone muchos millones de fanegas anuales. España solamente introduce granos en muy corto número, y esto únicamente en los años muy estériles; el año que más no llega al año que menos de Francia: luego España está en estado de menos necesidad que Francia en cuanto a los primeros productos de la Agricultura.

De esto parece resultar que España es una Nación agricultora, que se basta a sí misma, y aun se sobra, pues apenas ha habido permiso se han comenzado a extraer millones de fanegas de grano; y si el permiso se aumenta, será el sobrante que salga menor que el principal de la agricultura francesa. Todas estas proposiciones están demostradas por la vía del cálculo en el *Discurso sobre la industria labrantil,* de D. C. M. Tr. Luego España no es una Nación que aborrece la agricultura.

El mejor escritor antiguo de Agricultura es el español Columela: el primer escrito completo de Agricultura, del cual han tomado todos los extranjeros es el español Herrera (13). La sembradera con que se ha hecho tanto ruido es invención de un español. El mejor arado que se ha visto en el mundo, incomparablemente mejor que el de Mr. Tull es invento español de nuestros días: el autor de esta excelente máquina lo es también del más excelente trillo. La decantada mezcla de unas tierras con otras para abonarlas es inmemorial en España. No hay Provincia nuestra que no tenga algunas Sociedades Económicas bajo la Protección Real, y cada día se establecen otras nuevas. Si se examinan los premios que estas proponen y dan, las invenciones que facilitan y los escritos que publican, se verá que no es necesario menos que haber perdido el juicio para decir que los españoles aborrecen la Agricultura.

---

(13) Herrera, Gabriel Alonso: *Obra de agricultura, compilada de diversos autores.* Alcalá, 1513. Fue objeto de muchas reimpresiones, no siempre fieles. Trigueros pudo haber manejado *La labranza española,* publicada por Nipho en 1768, o la edición de Sancha, *Agricultura general.* Madrid, 1777.

¿Por ventura los excelentes vinos de San Lúcar, Xerez, Málaga, Alicante, Peralta y Rota y muchos otros, pueden producirse en un País que no tiene agricultura? Mucho menos en uno donde se aborrece. Los apreciados aceites de Valencia, Mallorca, Andalucía, que buscan con tal esmero y llevan con tanta abundancia tantas Naciones, son otra prueba demostrativa de la buena Agricultura de España. Y muestra su extrema ignorancia del aseo con que se cultivan las plantas que producen estos efectos y del primor con que se manejan ellos, el que desconoce por tales señales nuestra agricultura, si no por la mejor del mundo, ciertamente por digna de una Nación culta y que no merece la censura del artículo *Espagne* de Mr. Masson de Morvilliers.

Puede adelantarse nuestra agricultura, como la de cualquier otra Nación, y se trabaja incesantemente para que se adelante; para esto se han traducido y se traducen las mejores obras que salen en todas las Naciones, para esto escriben los españoles y para esto trabajan sin cesar. ¿Son éstas señas de aborrecer la agricultura? No es esta igual en todas las Provincias, pero en algunas como Valencia y el País Vascongado, sin contar otros, toda la tierra produce todos los años uno o más productos. ¿Por ventura hay más que esto en Francia o en alguna otra Nación? Puede ser que alguna tenga más libros de Agricultura, de aquellos que contienen muy bello gusto en el orden y en la locución, sin adelantar un paso en la utilidad práctica, pero no nos mostrará Nación ninguna otra cosa en que nos aventaje por esta parte.

Los españoles no tenemos el flujo de escribir que otras Naciones y nuestra lengua no se ha hecho tan de moda como la francesa: y estas son dos causas de que estén más ignorados nuestros descubrimientos. Hiciéronse en Francia, a Dios y a buena ventura, unas cuantas experiencias sobre mezclas de tierras; repitiólas y publicólas la Academia de las Ciencias, y estampólas después en su *Diccionario* el abate Rosier; no obstante, las más de ellas nada enseñan, para nada sirven, todas son hechas sin sujeción a principios de Física y de Chimia, entretanto que el que escribe esto ha hecho una larga serie de experiencias guiadas por principios a fabricar margas útiles a la labor y a las artes, y habiendo conseguido el fin con la mayor exactitud, no las ha publicado ni las publicará hasta estar más seguro de haber hecho una cosa infaliblemente cierta y provechosa. Lo propio sucede a mil otros españoles. ¿Será su juiciosa circunspección suficiente disculpa de la des-

vergonzada maledicencia con que nos trata la ignorancia mal intencionada de algunos extranjeros?

Si se quiere decir que nuestros braceros son pobres, no ignoramos acá que también lo son los de otras Naciones. Y el francés que juzgase de nuestra Nación por la inspección de doscientos o trescientos miserables segadores gallegos que viese ir de una parte a otra a ganar un escaso sustento, sería tan injusto contra nosotros como nosotros seríamos contra Francia si juzgásemos de ella por tres o cuatro mil amoladores y ocho o diez mil taberneros que vienen descalzos a buscar nuestro dinero con trabajos menos útiles; y otro igual número de peluqueros que salen de su País desnudos y vuelven poderosos por medios perniciosos y menos decentes que el de segar las mieses. Si nosotros seríamos injustos en juzgar de todos los franceses por éstos, ¿cómo podrán dejar de ser injustos los que midan a todos los españoles por aquéllos? Es, pues, una absoluta calumnia decir que España no tiene Agricultura ni agricultores y que los aborrece.

El mismo Mr. Masson nos caracteriza como los más ignorantes de Europa, pero ciertamente no lo somos tanto como él mismo, pues sabemos el estado de las otras Naciones y el nuestro, que él ignora; por lo menos en España no hay un escritor tan ignorante que diga que Rubens es romano y Van Loo ruso, los cuales serían dos disparates a corta diferencia iguales a los que publica Mr. Masson cuando dice que Velázquez y Murillo son catalanes.

¿Somos los más ignorantes acaso porque apartamos más los errores religiosos? ¿O porque no osamos llenar nuestros escritos de proposiciones insolentes, calumniosas y falsas, caracterizándolas con el especioso nombre de filosofía?

Si se trata de Teología, desde el Concilio de Trento acá, jamás hemos dejado de tener hombres verdaderamente insignes en mucho número; y aunque el escolasticismo y las vanas disputas han hecho los daños que no se ignoran, sabemos que las Universidades y estudios de las demás Naciones han tenido y tienen el mismo defecto: examínense los estudios modernos de Madrid, Valencia, Cervera; véanse los planes de estudios de nuestras Universidades, aun los de muchas Ordenes religiosas y se hallará que no tenemos por qué temer que se nos pueda tratar con verdad como a ignorantes en Teología. Los sabios en todas

partes son muy pocos; en España no son menos que en otras. En España son menos que en otras partes los charlatanes.

La Medicina española tiene y ha tenido sus sabios en España, como en las demás Naciones. Bastaría que Salamanca hubiese producido un Sánchez, que es venerado en París, como lo ha sido en Holanda, en Rusia y en cuantas partes ha estado. Digo que le produjo Salamanca, aunque nació en Portugal, porque la medicina la estudió en Salamanca y la perfeccionó después al lado de Boeraave. A éste podrían agregarse muchos otros médicos verdaderamente sabios, como Martín Martínez, Piquer y tantos otros. Si el común no es como éstos, tampoco lo es en las demás Naciones. Si hay estudios frívolos en esto entre nosotros, también los hay entre los demás. En el mismo tiempo en que la Chimia corre a pasos largos a su perfección entre las manos de Beaumé, Rouelle, Mácquer, Sage y otros mil, se escribe en la misma Francia *La Clef du Sanctuaire de la Philosophie,* que es una renovación de todos los delirios herméticos. ¿Qué extraño será que haya algún visionario en nuestro País, si los hay en gran número en la patria de los Montgolfier, Robert y Charles? El país de los Descartes produjo sus enemigos, y para cada sabio que ha tenido la Atenas moderna, ha visto centenares de pedantes e ignorantes. En parte ninguna se sabe más que en París, y en parte ninguna hay más empíricos. Sería una injusticia decir que Francia es el País de los charlatanes: conque si España tiene médicos sabios, si los ha producido siempre es injusticia motejarla de ignorante porque tenga algunos que lo son.

¿Y cómo se dirá que la Nación aborrece el saber y los sabios en este punto cuando se ve el esmero del Gobierno para perfeccionar estos estudios, se han establecido Colegios de Cirugía y Medicina y se fomentan las Academias? ¿Qué más se ha de hacer para mostrar que se estima este género de saber?

Acaba el Rey de conceder 128.000 reales por una vez y 48.000 anuales a la Real Sociedad Médica de Sevilla, encargando determinadamente el esmero en el adelantamiento de la Física útil, la Historia Natural, la Chímica, la Botánica. ¿Son éstas señas de que la Nación aborrece el saber? El Gabinete de Historia Natural de Madrid, que es en el día superior a los más célebres de Europa, uno de los más ricos y completos y también de los más francos a los estudiosos, no es un indicio de aborrecer este estudio. En la Botánica no tenemos menos

pruebas de que se estiman acá las Ciencias útiles. Los doctos trabajos de Salvador, de Quer, de Minuart, de Ortega, de Palau, son bien notorios a los mismos franceses doctos. Quer, Bernardes, Ortega y Palau han demostrado con sus escritos que saben su oficio tan bien como los mejores extranjeros. El descubrimiento de muchos centenares, no solamente de especies, pero de géneros de plantas, nombradas y descritas por ellos y por sus discípulos, no son prueba de que se desestima en España este ramo útil de la Historia Natural: tampoco lo es la gran multitud de correspondientes que dicho Jardín tiene en toda España, de los cuales no hay uno que no dé algún paso en el adelantamiento de este estudio, ni los que, repartidos por toda América, están enriqueciendo continuamente nuestro País con nuevas plantas; ni el esmero para que se naturalicen en Europa las más útiles y apetecibles del América, Asia y Africa. Ya se han naturalizado los Aguacates (Laurus Persea), el arroz de China (oryza chinensis), el cedro de América (Pinus cedrus L.) y otras muchas que ninguna Nación ha conseguido naturalizar hasta que lo han emprendido los españoles en Andalucía y Valencia; otras, como canela, clavo, nuez de especia, té, se emprenden en el día, y es de esperar se consigan, como se ha conseguido la naturalización del Culen o té de Lima Psoralea glandulosa L.) que no es menos bueno que el de China: en una palabra, nadie puede decir que tales pruebas dejen de convencer que se estima en España, tanto como en cualquier país donde más se estime este provechoso estudio, y cuando se hayan dado a luz algunas obras que están ya escritas o poco menos, tales como la *Flora española* de Don Casimiro Gómez Ortega (14) y los *Géneros y especies de plantas,* de Don Antonio Palau (15), verá la Europa que España se ha completado como el País que más le aprecia y cultiva.

No da España menos muestras del aprecio que hace de las Matemáticas. Los muchos cursos y escritos matemáticos que del Padre Tos-

(14) Apareció ese mismo año: Gómez Ortega, Casimiro. *Tablas botánicas, en que se explican sumariamente las clases, secciones y géneros de plantas que trae Tournefort en sus instituciones, al que se añaden en cada género los nombres españoles de muchas especies vegetales y la explicación de algunas voces facultativas.* Madrid, 1783.

(15) Se refiere a la traducción de Linneo *Species plantarum*, bajo el título *Parte práctica de botánica que comprehende las clases, órdenes, géneros, especies y variedades de las plantas, traducido del latín en castellano e ilustrada por D. Antonio Palau y Verdera.* Madrid, 1784.

ca acá se han escrito en nuestra lengua, adelantando siempre y mejorando el método de enseñar estas ciencias; los estudios y cátedras que se han fundado; los excelentes colegios de ellas que se han establecido y repartido por toda España para marinos, artilleros y demás tropas de tierra; el excelentísimo Seminario de Vergara, el que comienza a establecerse en Cádiz y los que están proyectados y aprobados para otras partes del Reino, son evidentísimas demostraciones que convencen cuánto se aprecia entre nosotros este estudio, y de ellas mismas pueden sacarse pruebas de lo que adelantamos en él (16).

De todas las demás Ciencias tenemos iguales pruebas. La Jurisprudencia que es una de ellas, ora se mire por la parte teórica, ora por la práctica, se gloriará siempre de haber producido los Mayans, los Finestres, los Campomanes, los Floridablancas, los Gálvez, los Assó, los Azaras, y mil otros que no solamente a la España honran, pero a toda Europa.

Si después de los Agustines, los Chacones y otros semejantes, queremos buscar entre nosotros anticuarios, no podrá Nación ninguna oponernos muchos que merezcan ser antepuestos a los Velázquez, los Flórez, los Pérez Bayer y mil otros. Toda la Europa ha visto con admiración el *Tratado de las medallas samaritanas* (17). En este punto, sobre el cual tanto han escrito franceses, ingleses, alemanes e italianos, se ha distinguido tanto este juicioso sabio *quantum lenta solent inter viburna cupressi:* la erudición de lenguas orientales, y de todos los subsidios que ellas necesitan le han puesto en estado de aventajarse a cuantos sabios han escrito sobre lengua fenicia. Los antiguos caracteres que se hallan en las monedas que lleman desconocidas han excitado en todas las Naciones a los sabios más famosos, y ninguno de ellos ha dicho otra cosa que disparates hasta que el marqués de Valdeflores comenzó a abrir la carrera, que ha perfeccionado el mismo señor Pérez Bayer.

Si volvemos los ojos a la Humanidad, ¿quién podrá negar los distinguidos méritos de Don Manuel Martí, que por otro lado era un anticuario comparable a Montfaucon? ¿Acaso era mal latino Finestres,

(16) El mismo Trigueros fue aventajado estudiante de matemáticas en la Academia fundada en Sevilla por el P. Morico, futuro Director del Colegio de Nobles de Valencia.

(17) Pérez Bayer, F. *De Numis Hebraeo Samaritanis.* Valencia, Montfort. 1781.

Ayala, Miñana? ¿Acaso lo era en su buen tiempo Mayans? ¿Acaso lo es Pérez Bayer? ¿Acaso faltan en Madrid y en todo el Reino muchos otros que comparar a éstos? El Sr. Cavanilles sabe bien cuál es en esta parte el mérito de su amigo Tito (18). Ni falta en España la erudición en otras lenguas antiguas. Es bien notoria, aun a los extranjeros, la de los señores Cassiri, Carbonell, Campomanes y otros. La *Biblioteca Arábico Hispana* de Cassiri (19), la Griega de los manuscritos de la Real Biblioteca, de Don Juan de Iriarte (20), la Hebreo Española, cuyo autor no me acuerdo, aunque le sé, son obras impresas en nuestros días, y tales que no son mejores las de los extranjeros. Y cuando se publique la Biblioteca griega escurialense y la Hebrea escurialense, que tiene escritas el Sr. Bayer, dirán quizá las Naciones, comparándolas con las suyas: *nescio quid majus nascitur Iliade.*

Agreguemos a esto los varios ramos de literatura gramatística que tantos de nuestros escritores han ilustrado e ilustran, y veremos que nuestros Sarmientos, nuestros Mayans, no nos permiten envidiar a las demás Naciones sus más famosos escritores.

Ni nos faltan varones elocuentes y que sepan el arte de la Oratoria. Las muchas y buenas Retóricas que se han publicado entre nosotros son una buena prueba: y si hay muchos sermones con algún desarreglo es porque se predican con poca prevención. En Francia ora cualquier autor célebre dos o tres docenas de veces en su vida: en España, uno de mediano crédito predica otras tantas en un mes. Yo no apruebo esto, pero digo que es imposible orar muy a menudo y ser verdaderamente elocuente.

Como la Historia es tan hermana de la Oratoria, dijera también algo si no fuera éste un punto en que no nos disputan el mérito las Naciones que no tienen qué oponernos a Mariana y a Miñana; porque Robertson y otros como éste, sin dejar de tener un mérito singular, no son tales que no pueda decir España *ancor io sono pittore:* y cuando Tito haya perfeccionado su obra quizá diremos más.

La Novela, que es un medio entre la Historia y la Poesía no nece-

(18) Ignoro a quién pueda referirse este nombre, acaso seudónimo.

(19) Casiri, Miguel: *Bibliotheca Arabico-Hispana Escurialensis sive librorum omnium Mss. quos Arabicé ab auctoribus magnam partem Arabo-Hispanis compositos.* Madrid, 1760-70. 2 vols.

(20) Iriarte, Juan: *Regiae Bibliothecae matritensis codices graeci Mss.* Madrid, 1769.

sita de ilustración; es tan peculiar de los españoles este talento que nadie nos le disputa, y si alguno pensase hacernos sobre esto algún entuerto, le desharía a lanzadas Don Quixote de la Mancha, o le vengaría con alguna burla Guzmanillo de Alfarache.

Pero, ¿y la Poesía? En todos tiempos ha sido nuestra. Cada uno en su género, ninguna Nación mostrará Poetas que se aventajen a Fray Luis de León, Benito Arias Montano, Garcilaso, Villegas, Herrera, Argensola y mil otros. Verdad es que degeneramos en el siglo pasado; pero ¿qué vuelo hemos tomado en el presente? Bastan los amigos salmantinos, Batilo (Meléndez) y sus compañeros para honrar una Nación; pero la nuestra tiene otros muchos comparables a ellos. Léanse las Poesías premiadas por la Academia Española y no tendré yo temor de que se comparen, poniendo a su lado los ejemplares, con los escritos de Voltaire, la Harpe y los más delicados franceses, con tal que no entren en cuenta las desvergüenzas, las calumnias, las expresiones de la irreligión y otras porquerías cenagosas que se bautizan con el nombre supuesto de gracia y de filosofía. Nuestro Teatro no tiene tantas buenas piezas como el francés, pero fuera de que tenemos muchas muy regulares, basta citar la *Raquel* de Huerta y *El Delincuente honrado* de Jovellanos, que traducido al francés ha sido aplaudida de los conocedores, para que se conozca que tenemos también este conocimiento, y no se nos impute el ser bárbaros, incultos, aborrecedores del buen gusto: son otras las causas de que no tengamos mayor número de buenos dramas. Pero sea como fuere, sin negar a la Francia este mérito y el de la Poesía, que en general han cultivado muchos de sus mejores escritores, podemos decir que en el día no está Francia con el fino gusto que la hizo famosa en el siglo de Luis XIV, lo cual puede atribuirse al espíritu epigramático que se ha introducido y al prurito de filosofar y geometrizar en todo, y siempre de un modo no libre, sino libertino; mas, nazca de donde naciere, puede servir de apología nuestra, si el hecho es cierto; mas de que es cierto no nos dejan dudar sus más juiciosos escritores que lo repiten a cada instante. Si no me diera rubor de repetir, entre otras cosas, todo lo que en dos Cartas dice al Librero Don Antonio Hidalgo y Compañía, de Sevilla, Mr. Raulin d'Essars, venerable literato de 72 años, que escribe desde Saint Germain en l'Haie, podría hacer ver que los franceses que tienen conocimiento y desinterés confiesan lo mucho que los poetas franceses

han bajado y lo mucho que han subido los españoles en estos tiempos, pero a lo menos diré, aunque me parezca demasiada la segunda parte, lo que contiene una cláusula de este venerable erudito, que en sus cartas muestra hablar con mucho conocimiento de causa; dice en la segunda con estas palabras: *Nous n'avons plus de vrais grands poètes: pas des Corneilles, pas des Racine, pas des Crébillon, pas des Despreaux, pas un poète que comparer a votre Poeta Filósofo; les Anglois même doivent le preferer en son genre a leur Pope, etc.* Yo, por la parte que me toca, soy contentísimo en que se rebaje cuanto se quiera a este excesivo elogio, pero por lo menos parece cierto que no somos unos bárbaros, como quiere Mr. Masson, cuando los franceses instruidos, que se hallan en estado de consultar nuestros escritos, quizá mejor que este geógrafo, se explican en estos términos: y si somos tan bárbaros, ¿por qué los italianos, que a ninguna Nación quieren ceder en punto de Poesía, están traduciendo en su lengua nuestros buenos Poetas, casi con el mismo espíritu y cuidado que han traducido los poetas clásicos griegos y latinos? ¿Por qué los poetas franceses y los ingleses han tomado tanto de nuestros poetas, aun medianos? ¿Por qué al pedir repetidamente de Londres y de Dublín las poesías que yo no debiera nombrar cuando se trata de su elogio a no forzarme la justicia de mi patria desvergonzadamente ofendida con embustes e ignorancias, añaden siempre la expresión de que a su autor se han pasado las almas de Pope y de Addison? No somos, pues, tan bárbaros en las ciencias y bellas letras los españoles como quisiera hacer creer el autor del artículo *Espagne.*

Este mismo escritor nos quita el mérito de las Artes y cuantos otros títulos honrosos tenemos grangeados. Ya no son navegantes los españoles, los Maestros de los mayores navegantes: ignora este Mr. que todos cuantos descubrimientos acaba de hacer el famoso Cook, Bougenville y otros de igual fama, son repeticiones de las empresas españolas; que nuestros antiguos se anticiparon a estos sabios, y nuestros contemporáneos los han igualado; que la isla de Taité no solamente ha sido visitada por los españoles más de una vez, sino que sus naturales han ofrecido obediencia a nuestro Rey, han sido instruidos en Religión y Artes, han sido auxiliados con animales domésticos y semillas útiles; ignora que por la costa de California se han alargado nuestros presentes navegantes, casi hasta los descubrimientos que los rusos han hecho

desde Kamchatka; en una palabra, ignora todas nuestras cosas y se mete a hablar de ellas sin estudiarlas. Si las hubiera estudiado, supiera el papel que los españoles hicieron al lado de los más sabios de todas las Naciones en las averiguaciones sobre la figura de la Tierra; supiera que en esto se emplearon pocos sabios comparables a Ulloa, y ningún matemático mayor que Don Jorge Juan, al cual sólo Euler puede ser comparado en la parte del cálculo más sublime. Supiera que nuestras imprentas, especialmente de Madrid y Valencia, no ceden a ninguna del mundo; supiera que hemos tenido y tenemos excelentes Arquitectos y Escultores; supiera que el arte del Grabado está entre nosotros en el más alto grado, y que Carmona, Selma, Fabregat y sus compañeros pueden lucir en cualquier Nación; supiera que la pintura ha vivido en pocos Países tan contenta como en España; que Velázquez y Murillo no son catalanes, ni solos en ella; que un Ribalta, un Españoleto, un Zurbarán, un Morales y mil otros son sus dignísimos compañeros; que un Juanes ha merecido ser comparado al mismo Rafael de Urbino en la exactitud del dibujo y antepuesto en otras prendas. Supiera que nuestros paños de Guadalajara, de San Fernando, de Segovia, de Alcoy, no pueden ser llamados obras de bárbaros; que nuestras telas de seda de Valencia se aventajan a las mejores de Francia; que nuestra cintería de Sevilla es tan buena como la francesa, y se vende como tal por los mismos franceses en muchas partes; supiera que no hay Provincia alguna de nuestro Reino donde no se vayan estableciendo fábricas de toda clase, donde no se fomente la industria por todos los medios; donde no se tomen las mejores medidas para desterrar la mendiguez. Supiera que el Consejo, los Ministros, el Rey se prestan a favorecer cuantos sólidos proyectos se proponen para el adelantamiento de la Monarquía; supiera que los españoles han inventado el modo de fabricar telas muy finas de una materia tan abundante y tosca como la atocha y el esparto; supiera que por todas partes se trabaja en hacer caminos, acequias, canales de riego y navegación, diques y semejantes obras. En una palabra, si hubiera estudiado la materia sobre que escribe, supiera que cuanto mal dice de España es un insolente agregado de disparates.

No me paro a decir una palabra sobre el erudito refugiado de quien habla Mr. Masson (esto es, Don Pablo de Olavide) sino para advertir que los españoles conocen y aprecian lo que tiene de bueno, pero cier-

tas prendas que tiene en algo parecidas a las que muestra Mr. Masson, forzaron a los españoles mismos a imponerle un castigo que las Leyes hacían forzoso, y que le impusieron mal de su grado, no obstante que fue mucho menor que hubiera sido en otros tiempos. Consta que el Inquisidor General no quiso asistir al Consejo en que fue sentenciado y al cual le condujo su imprudencia y su confianza. Dejémonos de Filosofías sofísticas: en el País donde no se admite más que una sola Religión y un solo culto es preciso que haya Leyes y Tribunales (tengan el nombre que tuvieren) que cuiden de la pureza en este punto; si no, habría mil desórdenes que aun civilmente fueran muy perniciosos. La libertad del particular que puede dañar al común debe ser coercida por la legislación; la legislación de un País católico que no cree convenirle una tolerancia, ni aun civil, que pase de tal o tal grado en puntos de religión, debe tener jueces que celen y castiguen a los que se opongan con obras o palabras a esta máxima esencial del Estado. ¿Y de qué servirían los jueces si en punto tan grave no impusiesen penas a los infractores? No podemos dudar que Don Pablo Olavide fue verdaderamente infractor de esta máxima sin hacer un notorio ultraje e injusticia a un Consejo Supremo que averigua las cosas con la mayor exactitud y escrupulosidad; conque, fue justamente castigado, en despecho de la lástima que le tenían sus mismos jueces, que conocían las prendas que tenía buenas. ¿Cuántos avisos tuvo de su riesgo? ¿Cuánto duró su causa antes que le prendiesen? ¿Por qué no precavió el daño con la delación voluntaria y con la enmienda? España le estimara aún, como le estimaba antes, si le viera que al tiempo que se esmeraba en los adelantamientos políticos de la Nación, apreciaba en otros puntos las máximas de los santos más que las de Voltaire y Rousseau. Al fin, si acaso quería ser naturalista o deísta, fuéralo dentro de sí, o fuérase a serlo de otro modo en países donde no fuera un crimen de estado el faltar a la Religión establecida aun en la cosa más tenue; estudiara lo que hablaba y no forzase a sus compatriotas a escandalizarse y castigarle, no obstante que le estimaban, la imprudencia de estimar por el lado que no lo merecen a los que se llaman filósofos, la tontería de no mirar por sí en tiempo que le pusieron en el lance que le sonrojó; los bienes que se le hallaron fueron dados a su mujer, cuyos eran. En su persona no se tocó. ¿De qué, pues, puede quejarse, sino de sí mismo, cuando fue tratado con la mayor benignidad? ¡Por ventura hubiese

podido refugiarse en Francia si no le hubiesen tratado con esta benignidad! Francia le aprecia: más le apreció España, que le dio tan buenos empleos, no obstante los pleitos y cuentos que le trajeron de Lima; España le castigó porque lo merecía. Francia le recogió por el derecho de refugio común a todos y porque el artículo en que había delinquido en Francia es menos grave y reparable, por ser comunísimo.

Resulta de todo que el autor del artículo (o declamación) *Espagne* de la nueva Enciclopedia ha hecho un gravísimo ultraje e injusticia a toda la Nación española.»